

VaRiA

invención



Un extraño planeta

dibujo de Víctor Romero

Alfonso Melo Añorve / Escuela de Ciencias Políticas y Sociales

a las ciudades de nuestro extraño planeta empezaron a llegar rumores de que uno de nuestros pueblos se comportaba indignamente. Se decía de él que intervenía en la vida de los habitantes de otro pueblo y cometía actos de incalificable violencia; aprovechando una disputa entre hermanos intentaba señorear aquellas tierras y aquel pueblo y sembraba muerte y destrucción al paso de sus ejércitos. Y los que fueron rumores de sus actos crecieron tanto que en todo nuestro extraño planeta se escuchó un grito que clamó castigo contra el pueblo desmandado. Así eran sus actos.

hasta las puertas de reyes y gobernantes llegaron embajadas en demanda de castigo para el agresor y protección para la víctima. Quienes gobiernan nuestros pueblos escuchaban atentos los relatos macabros de aquellos crímenes cometidos por un pueblo hermano, y despedían a los embajadores con promesas de intervenir ante el agresor. No más... Éste era fuerte, tan poderoso que ningún gobernante podía condenarle y menos intentar castigarle, para proteger el bien y la tranquilidad de su propio pueblo. Ése era su justo derecho.

se buscaron otros caminos y al ver que nada se lograba, nosotros los notables de este planeta, decidimos reunirnos en asamblea para tratar el juicio

del agresor y pronunciar un veredicto que moviera a todos los hombres y a los propios ciudadanos del pueblo agresor a condenar a sus gobernantes y hacerles desistir de su actitud. Poner fin a los lamentos de las víctimas. Era ésa nuestra sola intención.

enviamos mensajes a todos los notables, y como no ignoraban esta barbarie, presurosos se aprestaron para asistir al juicio de aquel gobernante que condujo a su pueblo a cometer tales crímenes en un pueblo hermano. Acordamos la fecha y el lugar de reunión: ningún lugar mejor pensado que la capital del mundo, de donde partiría a todos los rincones pronta información sobre nuestras deliberaciones. Y llegada la fecha, los notables fuimos a la metrópoli. Aquellos que ya sabían y los que por primera vez llegaban, se extasiaron ante sus magnas construcciones y maravillosos adelantos; ¡estábamos orgullosos de pertenecer a un mundo capaz de tales prodigios! Dispuestos a iniciar las deliberaciones, recibimos un mensaje de los principales de la ciudad. Fue nuestra primera reacción de azoro e incredulidad. Se nos hacía saber que no podríamos celebrar en sus recintos el juicio que intentábamos, por la tranquilidad y el bienestar de sus mismos moradores. Ellos lo querían así, y era ése su justo derecho. Nos marchamos.

pensamos en una ciudad famosa por sus bondades y fuimos a ella. Y lo mismo sucedió: tuvimos que emigrar; y también tuvimos que emigrar de la cuna de los genios, donde no querían saber de nuestro juicio. Volvimos a emigrar y paramos en Saude —tierra de la paz, en nuestro idioma— y donde cada ciudadano antepone a su nombre esta palabra propia de la paz. Así han vivido y así la tributan . . . Y no pudimos celebrar allí el impaciente juicio. Marchamos por fin a la tierra de los áureos, gente amante de respetar en propios y extraños los derechos que divinizaron nuestros ancestros. Mas no fue sorpresa cuando nos echaron . . . Consentimos sus razones: “por el bien y tranquilidad de nuestra gente.” Era ése su justo derecho. Seguimos errando.

y ahora que se lo cuento venimos de lejanos planetas y hemos arriado al vuestro sin dar fin a esta misión: encontrar un lugar para celebrar el juicio de que os hablo. Mas hemos recorrido ya tantos lugares, sin éxito, que algunos de nosotros los notables, los más viejos y cansados casi perdimos la esperanza de encontrarlo. Pero tanto hemos errado juntos —unos somos ya viejos, otros, han muerto— que aún sin decirlo, ya hemos pronunciado una sentencia. Es ése nuestro derecho.

El deseo

Jesús Monjaraz Ruiz / Escuela Preparatoria

De cara al cielo contemplando las estrellas y viendo caer algunas, como habían caído radiantes y encendidas sus antiguas ilusiones, pensaba en lo extraño de la vida. Sin saber exactamente qué, buscaba en su memoria algo que, sin conocerlo, sabía le proporcionaría la llave de la puerta que habría de conducirlo al logro de sus afanes.

Habiendo estado apartado de su suelo, de su amor y su cielo por extraños designios, sentía ahora con todo su peso una gran nostalgia grávida de ex-